

The background of the entire image is a wall covered in small, square, blue tiles. In the upper center, there is a round mirror with a white frame. The reflection in the mirror shows a woman with reddish-brown hair tied in a bun, wearing a white tank top, looking away from the camera. Below the mirror, the title 'Yo no hablo con ella' is written in a white, chalky, handwritten font. Below the title, the author's name 'MÓNICA SOAVE' is printed in a white, clean, sans-serif font. At the bottom of the image, there is a blue ceramic sink with a silver-colored, ornate faucet. The sink is mounted on a dark metal stand.

Yo no hablo
con ella

MÓNICA SOAVE

MÓNICA SOAVE

**YO NO HABLO
CON ELLA**

Los cuadritos pintados de Praia do Forte; otros cuadritos con acuarelas que habíamos traído de Haití, uno que le había comprado a Camille y que terminó, como casi todas las cosas, apilado en un rincón del living de Rodríguez Peña, como la estatua del granadero de bronce, la caramelera de cristal, la ovejita de Río Gallegos, el cenicero de metal de papá, la caja de tabaco, los frascos de porcelana con flores amarillas y celestes; y sus relojes, sus aros, sus collares, sus pañuelos de seda —esos que siempre llevaba puestos sobre los trajecitos sastre cuando se iba a trabajar—, los muñequitos de madera de Budapest, los señaladores de tela, los tres tomos de *El capital*, las novelas de Victor Hugo, la historia completa del Imperio romano.

No sé por qué razón, cuando empiezo a escribir algo que creo que va a ser un poco más extenso que unas cuantas páginas, hago uso y abuso de enumeraciones, como si quien leyera entendiera qué es exactamente lo que quiero decir con todo esto. Tan críptico, tan subterráneo. En fin:

los cuadritos, tanto los de Praia do Forte como los de Haití, los había comprado estando de vacaciones; los de Haití los compré durante un crucero que paraba en una playa que quedaba alejada; un crucero que yo no había elegido hacer, sino que me habían regalado. Una playa que podría haber sido la misma de Praia do Forte, o de Cancún, o de Tesalónica, o de Viña del Mar, si no hubiera habido un alambrado que la separaba de la ciudad vecina. En suma: no conocí nada de Haití. Pero había alguien, una mujer, que pintaba unos cuadritos al óleo y los vendía a los turistas, en una tienda mínima, como recuerdos. De ahí los atrapaseños de red, más tarde, los dibujos de mandalas, las muñequitas de tela, las pulseras con semillas perfumadas.

La estatua del granadero de bronce no sé de dónde salió, pero, que recuerde, siempre estuvo sobre una mesita baja en mi casa —esa mesita de madera de ciruelo—, ya durante mi infancia, como si verdaderamente fuera una obra de arte o una artesanía importante. Pero no era así. Un tío de mi papá, uno que se había casado con la hermana de mi abuela Dalia, era nieto, creía, según contaban, de un coronel que había participado en la Campaña del Desierto.

—En la Matanza, en el Genocidio del Desierto —decía mi padre, alterado, cada vez que se hablaba de él. Parece ser que le habían dado el trofeo del granadero y, también, muchas hectáreas de tierra en la Patagonia, en la frontera con Chile.

—Solo por matar —decía Camille, mi mamá, mientras terminaba de secar los platos.

El cenicero de metal y la caja de tabaco no tienen mucha más explicación, solo que la caja todavía la conservo y está guardada en algún lugar de mis armarios. Es extraño su di-

seño y está hecha totalmente a mano. Se cierra con una tira de cuero crudo y ahora está llena de cartas y alguna foto que dejó mi hija Vera cuando se fue. En verdad, no es que ella haya dejado esas cosas a propósito ahí, sino que yo, al vaciar el departamento de Rodríguez Peña, tuve que guardarlas en algún sitio, sin saber si ella las querría de nuevo. Nunca le dije nada, ni entonces ni después. Quién sabe si sabe ahora que yo las tengo en esa caja de tabaco que era de mi papá. Quién sabe si sabe que existe todavía esa caja. Lo que sí sé es que, por ahora, no quiero hablar de Vera. Ya vendrán días mejores, pero hoy no quiero hablar ni escribir sobre ella, sobre su ausencia; ni sobre los espejos distorsionados, ni sobre las máscaras africanas, ni sobre la rueda mágica, todos esos intentos en los que alguna vez creí para hacerla más cercana, más visible.

La caramelera de cristal ya no la tengo. La había dejado a un costado, en un rincón del living, para que se la llevaran los que venían a comprar los muebles junto con los cuadros, las lámparas, los utensilios de cocina, los adornos del baño, es decir, todos los instrumentos que habían sido necesarios para mantener la vida en esa casa por décadas. Cuando mi amiga Luisa la vio, me dijo que era una loca si dejaba que compraran como chatarra esa hermosura de cristal tallado, así que se la llevó. También los frascos de porcelana con las flores amarillas y celestes. “Una belleza”, dijo. Estaba cansada de verlos siempre sobre la cómoda: dos altos y uno pequeño, chato; más como una cajita o polvera que como un frasco. Simétricos: los dos altos, el bajito en el medio, a la justa distancia, por años, como ella, que siempre pretendía regular las cosas. Que recuerde, nunca habían estado llenos de nada: ni perfumes, cremas, ni talcos. ¿Para qué

servirían esos artículos a principios de los años cincuenta, cuando mis padres se habían casado? Regalos de boda, seguramente, para adorno, con deseos de prosperidad, felicidad y buena ventura.

Los collares, los brazaletes, los relojes, los broches fueron un capítulo aparte. Eran bellos, de verdad bellos, pero no dejaban de ser baratijas. Igual Camille los compraba de segunda mano y, como los pañuelos de seda, los lucía con toda la suficiencia y la elegancia de la que era capaz. De todo eso, no quedó nada, pero estoy segura de que Vera tiene la mayoría, de que ella se los dio cuando se fue.

Ahora que no puedo verla —tanto tiempo, en realidad, que ha pasado y que no puedo, aunque quisiera y aunque la dejara acercarse, con todo este asunto de la pandemia y el aislamiento—, sí, ciertamente, logro observar con atención las fotos que sube a las redes: cada día puedo distinguir un pañuelo nuevo de esos que eran de su abuela y que Vera ahora se ata a la cabeza como si fueran vinchas, también con toda su altanería heredada. Le quedan tan elegantes, la hacen tan linda. El blanco con dibujos de caballos y de jinetes es el que más me gusta, pero hay otro con globos aerostáticos, de Hermès, con fondo turquesa, y uno verde con las piezas de ajedrez.

Los muñequitos, los señaladores, la ovejita de Río Gallegos son todos también recuerdos de viajes. A mamá le gustaba que le trajera una parte de mis travesías, objetos minúsculos, casi sin valor; se fascinaba con las historias, aun al final, cuando todos creían que no las entendía. Yo era la única que le hablaba. Después, fui comprando y atesorando otras muñequitas de vudú, pero de Nueva Orleans, con las bolsitas de pelo de cabra negra.

Los volúmenes de *El capital* siempre estuvieron al lado de las obras de Bujarin, de Lenin, de Rosa Luxemburgo, de Gramsci, de Turati; así que comencé a familiarizarme con ellos desde chica. También con las novelas de Victor Hugo: *Los miserables*, *Nuestra señora de París*, y con los libros que había sobre la historia del Imperio romano, forrados en cuerina con líneas en blanco y negro y letras en dorado, todo un lujo. Ellos fueron mi primer acercamiento a Roma, a los once años: los reyes, los emperadores, los gladiadores, la plebe, los acueductos, los baños termales, las batallas, las legiones, Cartago. Cuando me entusiasmo, sigo con las enumeraciones, no hay caso. “Cartago”, qué palabra hechizada, siempre me pareció una palabra con magia. Lo mismo que “Estambul”, “Zagreb”, “Leningrado” o “Varanasi”.

Será también porque hoy es el tercer día de cuarentena y, entonces, me asomo al balcón y miro la calle: casi absolutamente vacía. Solo pasa una mujer con barbijo, un colectivo sin gente, la bicicleta de Glovo, el chico que tiene muletas y una pierna sola y que vive en la calle. Siempre bajo a darle algo de comer: un yogur con cereales —que es lo que más le gusta—, o una banana, o una milanesa fría que hago de más para la cena, pero hoy no tengo ganas.

Después, camino en redondo por la casa. Ya que no puedo salir. Dos kilómetros estaría bien, me digo. Qué surrealista es todo. “Surrealista”, lo recordé en mi clase *online* de Vanguardias en el Arte: la exclusión de la razón, la visión negativa del mundo, el gran misterio, la ruptura del realismo verosímil. Me anoté enseguida en un curso, tampoco puedo estar enloqueciendo sin nada que hacer más que fregar y fregar con lavandina y alcohol. Dos kilómetros son 3204 pasos, mi aplicación de Salud me lo indica. Voy

recorriendo el perímetro del departamento: las tres habitaciones, el baño, el hall, la cocina: 8 pasos, 25 pasos, 512 pasos, 1514 pasos. Y otra vez. Me parece que, si doy diez vueltas, es más o menos un kilómetro, un poco menos; así que el doble.